

CUADERNO DE VIAJES

CIELO Y TIERRA

Sobre vampiros y gitanos**Los romanís temen a los espíritus de quienes fallecen por causas no naturales**

Vlad Draculea ('Vlad el Diablo'), príncipe valaco también conocido como Vlad Tepes ('Vlad el Empalador'), adquirió en Bulgaria a doce mil personas con una apariencia "egipcia" en septiembre de 1445 y las trasladó a Valaquia. Así, quien siglos más tarde inspiró al escritor irlandés Bram Stoker su personaje del conde Drácula, se convirtió en un gran "importador de gitanos" en la cuenca del Danubio.

Un par de décadas después, el príncipe moldavo Estéfano el Grande adquirió a diecisiete mil guerreros gitanos para que combatesen contra los turcos.

De esta manera se sentaron las bases para cuatrocientos años de esclavitud gitana en tierras de Rumanía. Es una historia muy triste y apenas conocida, incluso entre los rumanos cultos: durante siglos, los gitanos fueron tratados como ganado, pudiendo ser comprados, vendidos, o intercambiados por caballos, bueyes y hasta toneles de vino. A su mala imagen de extranjeros con piel oscura, poseedores de peculiares costumbres y de una lengua impronunciable, se sumó el estigma de la esclavitud. Así se configuraron unos prejuicios todavía muy presentes. El término "gitano" dejó de designar a una etnia o a un grupo profesional—de guerreros, herreros o músicos—y pasó a señalar a una clase social: la "casta de los esclavos".

Hasta 1856 los gitanos fueron esclavos en Valaquia y Moldavia, las dos regiones que, con Transilvania, forman la actual Rumanía. Este país tiene aún hoy la mayor población gitana de Europa: unas setecientas mil personas, un 4% de la población del Estado.

Muchas de sus creencias sobre vida después de la muerte tienen su origen en la India, tierra de donde proceden. Rumanía acoge a la mayor comunidad que existe hoy en Europa.



Gitanos de Rumanía en una postal de principios del siglo XX.

De todo un poco

Es sabido que, en cada región de su diáspora, el pueblo romá—es el etnónimo apropiado para aquellos a quienes las gentes ajenas al grupo llaman "gitanos"—ha adquirido la lengua, la fonética, las costumbres, la religión, la música o la indumentaria de la sociedad de acogida. Pero, al mismo tiempo que absorben aspectos de las diferentes subculturas europeas, los romá han conservado una asombrosa consciencia de su identidad. Reforzada, seguramente, por la trashumancia y por la hostilidad hacia su presencia.

En lo que a religión respecta, hay gitanos católicos, musulmanes, ortodoxos, pentecostales, hindúes o anglicanos. Sin embargo, perdura una actitud co-

mún, cierto pathos, una "manera gitana" de vivir y sentir la religión.

Voy a centrarme en uno de esos aspectos comunes: el terror a la presencia del espíritu desencarnado de los muertos. En lengua romaní, ese espíritu se denomina mullo ('alguien que ha muerto'). Es un fantasma y, con frecuencia, también un vampiro. He aquí una asociación interesante: la creencia gitana en los vampiros y las leyendas sobre el conde Drácula.

Se sabe con certeza que los gitanos llevaron consigo sus creencias sobre vampiros desde la India, de donde, por razones aún poco claras, partieron en algún tiempo indefinido antes del siglo XI. Allí está muy extendida la creencia de que el espíritu del fallecido (bhut) deambula en estado

fantasmagórico hasta que se llevan a cabo los ritos apropiados.

Un mullo—en femenino, mulli—en realidad es el espíritu errante de una persona que ha fallecido en circunstancias anormales: por accidente, asesinato o de forma prematura. Hasta que se haga el pertinente ritual por su alma, el mullo o el bhut son susceptibles de convertirse en vampiros.

Malos de verdad

Esos entes aparecen entre medianoche y el alba, normalmente con formas espectrales, y se dice que pueden ser inmensamente dañinos; incluso mortales. Algunos son capaces de "reanimar" cadáveres y, bajo forma encarnada, atacan y devoran a los humanos.

Su predilección por succionar la sangre de las víctimas es suficientemente conocida. En especial, la de aquellos que consideran responsables de su muerte o, cómo no, la de hermosas e indefensas damas—o

galantes caballeros— con quienes el mullo o la mulli quiere colmar su insaciable apetito sexual. Para tenerlos a raya es necesaria toda una serie de amuletos y de medidas protectoras.

Muchas sociedades y religiones han concebido espíritus desencarnados de este tipo. Lo peculiar del caso gitano no es solo la impresionante centralidad que ocupan en su religiosidad, sino la forma en que sus creencias, mitos y símbolos han irrumpido en el mundo de los payos a través de literaturas, guiones cinematográficos y series televisivas.

Lo crean o no, por ahí—por esa sangre bien viscosa— se camufla actualmente el anhelo de lo sobrenatural y lo sagrado. ●

AGUSTÍN PÁNIKER

ALTAÏR - 137